

Ambiente urbano y fauna beneficiada por el mismo

José Manuel RUBIO RECIO

Si en la Naturaleza variamos o alteramos un sistema o, como en el caso de la erección de una ciudad, creamos una infraestructura para nuestro servicio —de la misma manera que las termitas construyen sus edificios, y con ello no pretendo hacer comparaciones ridículas—, estamos generando un nuevo sistema. Un nuevo sistema que, conservando ciertos parámetros de la situación anterior, contiene algunos nuevos y ha perdido otros.

La variación estructural, sea cual sea, elimina de aquel espacio a algunos de los usuarios vegetales y animales, pero inevitablemente beneficia y propicia la instalación de otros que a veces desarrollan unas poblaciones con abundancias inusuales en medios naturales.

La estructura de los sistemas urbanos —*sensu lato*—, creada para uso y beneficio del hombre, desencadena primero un proceso destructivo de la mayor parte de los elementos componentes de la Biosfera existentes en aquel espacio. Al construir sus edificaciones urbanas el hombre no cuenta con vegetales, animales y suelos, salvo que los utilice, en casos, como ornamentales, reintroduciéndolos y mimándolos en mayor o menor grado. Pero la estructura creada y determinados aspectos del funcionalismo urbano ofrece nuevas y originales posibilidades —nichos ecológicos— para que distintas especies se instalen allí.

Dejemos al margen las que el hombre introduce voluntariamente, creando jardines, parques y paseos, tanto públicos como privados. Pero digamos,

al paso, que si bien lo que el hombre instala son especies, en general vegetales y, con relativa frecuencia exóticas, su presencia también contribuye a fijar elementos faunísticos, aunque para nuestro objetivo no serán relevantes y sólo de pasada podremos hacer referencia a ellos. Porque lo que nos va a interesar es la fauna que, sin nosotros procurarlo, hace de la ciudad su casa e, insisto, con densidades poblacionales que no se dan en la Naturaleza.

Parques y jardines urbanos son ocupados por fauna diversa de manera espontánea. Aparte de la fauna del suelo, aves paseriformes son las más frecuentes, y en nuestro mundo son muy conspicuos los mirlos (*Turdus merula*). Especies equivalentes a él se pueden encontrar en otros continentes y latitudes, como por ejemplo el mirlo pardo (*Turdus grayi*) de Centroamérica y Colombia. En alguna ciudad de ese espacio, como San Jose de C. Rica, no era raro ver bandadas de un pequeño loro, el zapoyol (*Aratinga canicularis*), acomodadas temporalmente al todavía abundante arbolado de esa ciudad. También, por supuesto, en parques y jardines se instalan micromamíferos del grupo de los roedores, y en el caso de los medios urbanos tropicales iberoamericanos las ubicuas y generalistas zarigüeyas (*Didelphidae*), que merodean en las viviendas en busca de comida fácil en los desechos. Pequeños lacértidos son también habituales en todos estos lugares, y a las casa llegan, en medios mediterráneos, en busca de insectos y refugiándose durante el día en las grietas de los muros, las salamanquesas (*Gekkonidae*), de las que en la Península podemos encontrar dos: *Hemidactylus turcius* y *Tarentola mauritanica*.

Pero pasando a especies verdaderamente colonizadoras del medio urbano, dar vista, por ejemplo, a viejos tejados es asomarse a un mundo vegetal específico, ya que en ellos se instalan, degradándolos si no se hacen limpiezas periódicas. Allí aparecen una variada gama de musgos y líquenes, pero las especies que se harán más visibles y conspicuas serán los *Sedum* y otras plantas fisurícolas como *Umbilicus pendulinus*, varios *Diplotaxis*, *Raphenus rapenistrum*, *Nicotiana glauca*, *Hyoscyanus albus* y *Parietaria judaica*, citando sólo los que podemos registrar en edificios de Sevilla. En cualquier otra ciudad pueden hacerse nutridos inventarios de colonizadoras de tejados, grietas o fisuras; de las superficies de las paredes de rocas meteorizables empleadas en la construcción; y el número crecería notablemente si incluyéramos la infinidad de malas hierbas invasoras de parques, jardines, arriates y solares abandonados de ambiente nitrificado.

Un primer conjunto animal acomodado a la ciudad, siempre incómodo e incluso peligroso, lo constituyen diversos insectos, colonizadores de los espacios más insospechados y que, más que verlos, padecemos sus efectos destructores o depredadores. Un grupo de ellos está constituido por los que viven de y en nuestros comestibles. A veces acceden a ellos, en casos vienen con ellos; el problema está en que, su envasado no siempre los mantiene inaccesibles y luego hay derrames, aparte de la facilidad de llegar a las basuras. Entre ellos están ácaros como los de la harina (*Acarus siro*) o el del que-

so (*Tyrophagus casei*); distintas especies de cucarachas, que en su mayoría proceden de los trópicos y se han incorporado a la fauna de nuestras ciudades, ampliando notablemente a nuestras expensas su área de distribución en los últimos siglos (gen. *Periplaneta*); polillas como la de la harina (*Ephestia kuehniella*); escarabajos diversos, comedores de los cereales y sus derivados o del tocino y el cuero; gorgojos que se alimentan de las leguminosas, y las diversas moscas, cuyas larvas se alimentan de carnes y pescados. Otro lo constituyen los insectos que atacan a las maderas, que también lo es por hongos y bacterias; se les engloba bajo el nombre genérico de carcoma, pero son un innumerable número de especies de distintas familias, entre las que tienen especial mala fama las termitas (*Pterotermes* sp.), de las que existen nada menos que 2.000 especies en el mundo. Afines a ellas son los insectos que perforan y se comen el papel —los asesinos de bibliotecas y archivos—. Luego hay los insectos que simplemente viven en nuestras casas, sin causar daños, como las múltiples especies de arañas y algunas avispas.

Evidentemente, a todas estas especies las podemos encontrar en el medio natural, pero en la mayoría de los casos nunca en las concentraciones que pueden alcanzar en las ciudades, en las que hay ocasiones que pueden convertirse en plagas, con explosiones demográficas espectaculares, en relación casi siempre a la combinación de alguna actuación irreflexiva de la colectividad humana con circunstancias favorables naturales.

Otro conjunto animal para el que la ciudad constituye un hábitat paradisiaco y sin igual en la Naturaleza es el de determinados roedores. El orden roedores supone casi un tercio de todos los mamíferos, y entre ellos están algunas de las plagas que padece el hombre. Tres especies, el ratón casero (*Mus musculus*), la rata común (*Rattus norvegicus*) y la rata negra (*Rattus rattus*), de la mano del hombre, se han hecho ecuménicas. Las tres son omnívoras, y en el caso de las ratas, portadoras de graves enfermedades que nos pueden afectar. Aparte de lo que directamente consumen, es mayor el volumen de lo que inutilizan o destruyen. En algunas ciudades del mundo tropical se ha estimado que las ratas comen o invalidan para el consumo más de la mitad de los comestibles disponibles que se acopian para la venta. El problema sólo se palía con campañas de desratización —muy costosas por cierto— que periódicamente es necesario llevar a cabo. La capacidad de adaptación de las ratas comunes es prodigiosa, así como sus dotes de aprendizaje de lo que las puede resultar lesivo o letal para obviarlo. Estamos ante un claro ejemplo en el que las estrategias de supervivencia y desarrollo de una especie a costa de la nuestra son superiores a nuestra capacidad de defensa o ataque.

Es evidente que hay una cierta relación de las áreas en las que mejor se desenvuelven los roedores con las que tienen mayores grados de degradación, dicho esto en un sentido amplio. En cualquier caso, en ellas están los mayores focos de cría y dispersión hacia las menos favorables, pero que también ofrecen posibilidades.

En el tránsito ciudad-campo, y más en las pequeñas villas que en las grandes urbes, hay mamíferos de mayor talla que los anteriores que se han dado cuenta de que pueden obtener alimento alternativo y fácil de distintas fuentes —generalmente las pequeñas acumulaciones de basura en los puntos de recogida— y lo hacen bien de forma regular, bien en los momentos en los que resulta más difícil obtenerlo en la Naturaleza. Se trata de animales de dieta amplia, como zorros y chacales (*Vulpes vulpes* y *Canis latrans*), que se acercan sin inconveniente a las periferias urbanas. Garduñas y armiños (*Martes foina* y *Mustela erminea*) buscan acceder a gallineros y conejeras, donde pueden hacer destrozos considerables, pues no se contentan con matar para comer y matan decenas de individuos. Al habituarse a esa forma de obtener alimento fácil y por sus costumbres nocturnas sólo un perfecto aislamiento les hace abandonar. En años cercanos, en las recientes villas de las altas latitudes canadienses, de forma ocasional, los osos polares (*Thalarctos maritimus*) y en las Rocosas el oso negro (*Ursus americanus*) no desdeñan en merodear por las zonas periurbanas, máxime ahora, al ser especies con distintos grados de protección. Está claro que a ninguna de todas estas últimas las podemos incorporar a la fauna de las ciudades y considerar que son un elemento de su medio ambiente, pero constatar que las usan sí me parece interesante.

Siguiendo con los mamíferos, un hecho urbano que alcanza en la ciudad una intensidad grande es el de la iluminación —y sobre todo la de los grandes focos de luz direccional para destacar edificios—; pues bien, ello es un centro de atracción para que allí se acumulen densidades inusitadas —no naturales, por supuesto— de insectos alados, que se convierten en un atractivo y abundante menú para distintas especies de murciélagos, que se concentran ante el festín y, de paso, buscan refugio o lugar de estancia diurna en cavidades y huecos bajo los tejados.

Mas el fenómeno citado, que para los murciélagos que son especies activas durante la noche, no supone cambio sustancial en sus costumbres y sólo una facilidad para la obtención de alimentos con menor esfuerzo, ha desencadenado adaptaciones singulares en aves diurnas que tienen dieta parecida y prolongan su período diario de actividad a las horas que dura la iluminación de los grandes focos. El hecho está constatado y se mantiene desde que se instaló la iluminación en el conjunto del espacio de la catedral de Sevilla, en donde podemos ver hasta la media noche bastantes parejas de cernícalos primilla (*Falco naumanni*) y numerosos bandos de vencejos (*Apus apus*). Y me costa que el fenómeno, que es de las últimas décadas, se produce en edificios y situaciones similares.

Para algunas aves las viviendas humanas son buenos lugares de nidificación y, en ciertos casos, la dependencia con respecto a ellas es muy grande. Las poblaciones del vencejo citado antes —y me estoy refiriendo a la Península— dependen en un porcentaje elevadísimo de la posibilidad de nidificar y

refugiarse en los huecos próximos a nuestros tejados, ya que son aves que no pueden posarse en el suelo porque la longitud de alas y cortedad de patas les impide despegar de él. Para esta especie, la ciudad resulta ser el hábitat más idóneo y el que le permite gozar de la abundancia poblacional que tiene. También en Sevilla, durante las decenas de años de abandono de las estructuras inacabadas de la «torre de los Remedios» —edificio que duplicaba en altura a cualquier otro de ese barrio— se constituyó una gigantesca colonia no sólo de vencejos comunes, sino de otra especie de vencejo —el *Apus cafer*—, que se halla en expansión hacia latitudes más altas. Nunca en la Naturaleza pueden encontrar los vencejos el cúmulo de huecos que les permitieran estancia y nidificación como los que les brindan los edificios.

Igualmente es grande la dependencia para la nidificación en los ángulos de aleros y cornisas o vigas de dos especies parientes próximas de las anteriores, cuyas poblaciones se benefician de nuestras construcciones. Me refiero a la golondrina (*Hirundo rustica*) y al avión común (*Delichon urbica*).

Torres y espadañas de iglesias son lugares habituales de nidificación de la cigüeña (*Ciconia ciconia*), que también puede utilizar enclaves de otras construcciones culminantes, al igual que los busca y encuentra en la Naturaleza. En su migración verano-otoño hacia el sur, y desde hace no más de quince años, se está dando el curioso caso de la temporal ocupación, como posaderos, de toda clase de pináculos de la catedral de León, donde no es raro, a diario y en la fechas citadas, ver varias decenas de individuos decorando el monumento. Pero en este caso pienso que se trata de un fenómeno singular, no generalizable.

La oferta alimenticia de las ciudades está haciendo cambiar hábitos de otras especies. Me refiero en este caso a dos gaviotas: la reidora y la argentea (*Larus ridibundus* y *Larus argentatus*). Acomodadas primero a las ventajas de las urbes portuarias, con sus desechos de pesca y vertidos de alcantarillas, pero vinculadas, por su anatomía, al agua, en pocos años han invadido ciudades del interior y se han hecho las dueñas de toda clase de vertederos al aire libre, sin que se sepa todavía cómo solucionan los períodos de reproducción. En cualquier caso, son especies en clara expansión a costa nuestra y en espacios urbanos.

En las ciudades de los trópicos iberoamericanos los zamuros (*Coragyps atratus*) —carroñeros de la familia de los buitres— forman parte del paisaje urbano, bien posadas en grupos o sobre volando áreas de vertidos, importándoles muy poco la presencia humana. También en ellas alcanzan la misma significación las especies propias de golondrinas y vencejos.

Córvidos como las grajillas (*Coloeus monedula*), con su organización colonial, no son raras en viejos edificios y torres en las que los mechinales de los muros son buenos lugares de instalación de nidos.

El manejo que el hombre ha hecho de las palomas (*Columba livia*) se ha traducido en la incorporación de ellas a la fauna alada de multitud de gran-

des ciudades, escapando de cualquier control humano, pudiendo llegar a ser una verdadera plaga que, con sus deyecciones, perjudica sustancialmente a edificios y, sobre todo, monumentos. Encuentra fácil alimento, que en muchas ocasiones se las proporciona. Su simbolismo las protege, y cuando es necesaria su reducción o erradicación no son pocas ni débiles las protestas y el rechazo.

Nueva York registra el que a esta población estable y abundante de palomas se haya acomodado y viva allí de forma permanente su predador típico: el halcón peregrino (*Falco peregrinos*), que utiliza los altos rascacielos como atalayas de acecho y lugar de nidificación.

Y puesto que de predadores rapaces hablamos, bóvedas y desvanes, con algún hueco de acceso desde el exterior, son utilizados por un ave de distribución ecuménica que desde tiempo inmemorial se ha vinculado a los edificios humanos, aunque eso sí tiene que tener campos cercanos para capturar sus presas, que son pequeños roedores sobre todo: la lechuza (*Tyto alba*).

He dejado para el final al pájaro más conspicuo de las ciudades y que de la mano del hombre ha saltado a otros continentes: el conocido gorrión (*Passer domesticus*). Debió comenzar su asociación con nosotros vinculándose a los campos de cultivo de cereales, de cuyos granos es un buen consumidor, pasando después a viviendas, poblados y, finalmente, a las ciudades, donde son muy numerosos y de comportamiento familiar. Tienen una gran capacidad de aprendizaje y un amplio espectro alimenticio, aunque se les considere granívoros; en la ciudad encuentran abundantes nichos ecológicos que les permiten vivir permanentemente, sin que deje de haber poblaciones campesinas, pero al igual que las palomas no necesitan de espacios no urbanos para mantener sus densas poblaciones.